

Todas

Acosada

BLANCA ÁLVAREZ



No es sólo que Angela haya tenido problemas con el más famoso terrorista internacional, es que Angela no pertenece a esa clase de «gente guapa» que se escuda en sus muchos dineros, poderes e influencias para demandar al plumilla que ose interrumpir sus vacaciones tras haberse librado de un nuevo escándalo financiero. Angela pertenece a esa otra clase que puede ser acosada, acorralada, vilipendiada o utilizada sin ningún pudor «en el sagrado nombre de la noticia».

Decía un amigo escritor no hace mucho, en un alarde de sensiblería que lo deshonra, que le daba «mucho pena de esa pobre

chica, Carmen, la señora de Rubio, ya sabes, porque se ensañaban con ella». Aparte de no ver ensañamiento, la tal señora contaba con rápidos coches y guardaespaldas para sus «sin comentarios». No tenía que taparse la cara en plena calle, ser señalada sin ningún tipo de respeto a la ley Constitucional, que protege la intimidad de todo ciudadano, y, para más inri, soportar las amenazas de quien había recibido una bofetada para que la dejaran en paz.

No es justo que los buenos profesionales del periodismo tengan que competir con esos buitres a la caza de morbo, siempre que el morbo provenga de las clases inferiores, es decir, no

cuales para demandarlos. No es justo que se asalte a una ciudadana a la puerta de su casa para que todos puedan jugar en sus casas a escritores de espionaje y dilucidar si el tal Carlos se la ligó con malas artes, si disfrutó colaborando con el hombre más frío de la historia terrorista, o si ya está fondona y por eso ahora no quiere verse en las pantallas. ¿Por qué no acosan a las bellas de la bestia? ¿Será porque disfrutaban del «merecido descanso» en playas privadas y bien custodiadas?

O mejor, ¿por qué no son realmente buenos investigadores de la noticia y dan con el refugio, dicen que africano, del señor Roldán?

Quesada



Entre paréntesis

Canetti

LUIS MEANA

Ochenta y nueve años llevaba invertidos Elías Canetti en pulir el poliedro de una vida demasiado llena de estaciones y, ahora, cuando tenía esa orfebrería casi relápidamente perfecta, la guadaña de la muerte le impide dar la purpura final a tan magnífico pulido. El judío errante Canetti se ha muerto con el mismo silencio y la misma discreción que había seguido para ir trabajando, poco a poco, ese finísimo poliedro. Esa clandestinidad ha sido siempre símbolo y bandera de la absolutidad de su empresa: en un mundo drogodependiente de los pavoneos y apariciones públicas, en una cultura postrada ante los más fútiles

Estaba dedicado a la suprema orfebrería de pulir el brillante más bruto y difícil: la existencia humana

ecos, vanidades y ruidos, este hombre estaba dedicado a la suprema orfebrería de pulir el brillante más bruto y difícil: la existencia humana. Como los viejos eremitas, de los que sin duda provenía, este escritor vivía en y para la clandestinidad de la literatura, es decir, para la dura ascesis de ir ascendiendo al monte del conocimiento.

Ala conquista de esa aloma imposible dedicó toda su vida y no permitió, nunca, que su brújula se dejase desviar por vibraciones suntuosas pero pasajeras. En su marcha hacia esa cima, se topó con una nefasta calavera: el nazismo, o el misterio de un movimiento absolutamente bárbaro que encandila al país de Europa que más se había

distinguido por ser un pueblo de filósofos y poetas. Al análisis de esa aberración incomprendible, es decir, al comportamiento irracional de las masas, dedicó toda su vida, como los mejores de su tiempo y clase —Adorno y Horkheimer, entre otros—. Canetti es uno de los últimos ejemplares que quedan de aquella gran clase judía que nació, vivió y murió convencida del valor sacro-teológico de la palabra: para él, palabra e idea no fueron nunca ni mercancía ni mercadería, ni un

trasiego de famas o dineros, sino que tenían ese aura ontológica de ser los elementos que deciden el destino del mundo. Toda su vida fue una fidelidad a esa

idea: el saber como condición de salvación del hombre y del mundo. Sin Canetti, tanto las palabras como las ideas quedan, como huérfanos desvalidos, en las manos de los nuevos mercaderes del talento, de la producción rentable y del triunfo. Con la desaparición de este cuidadosísimo jardinero, el jardín de las delicias de las palabras y las ideas avanzará en su conversión en escoria.

Pero, mientras en el horizonte de la historia queme todavía la antorcha brillante de Canetti, y arderá todavía durante mucho tiempo, habrá muchos seres humanos que llegarán a descubrir en ella una honradez, una profundidad y una bondad que dignifican al hombre.

* Méjica lindu y queridu

MILIO MARIÑO

Conservar la mollera sana y el cuerpo morenu, tal y comu recomienda la Organización Mundial de la Salú, exígenos alternar sol y sombra en xusta proporción, pero comu aquí, l'ociu playeru ye una actividá dinámica que depende, en buena medida, de la improvisación meteorolóxica, disponer, a dos pasos de la playa, d'un preciosu salón d'exposiciones ye una auténtica bendición del cielu y si, amás, n'esi salón expón un paisanu que diz que ye pocu menos que la reencarnación del mismísimu Leonardu da Vinchi, alínase n'el

mismu equipu que Dalí, Picasu y Xovellanos y, autoproclámase geniu universal, pa qué te voy contar.

Na Colonia de Salines, presentásenos el señor Méjica y l'home atrevése a tasar la su obra en na menos que diez mil millones de pesetes, olvidando, sin duda n'un lapsus, que l'arte non tien preciu, y lo que fay él, muchu menos.

N'el camín a la exposición y ya dentru del recintu la Colonia, atopeme con unes mueres que intentaben convencer a un paisanu que negábase acompañales, y aquel señor, aprovechando que taba yo contem-

plando unos fierros pintaos, acercóse a mí y díxome:

—Qué rares son les mueres, ¿verdá usté?

—Depende —contesté yo.

—Pues mire —y señalóme una del grupu—, aquélla, la de la derecha, la que ta achatada po los polos y ensanchada po'l ecuador, aquélla ye la mi muyer.

¡Recoime!, yo que taba viendo el diferencial d'un coche, tou pintadín de colores que llevaba por título algu asina comu «Muyer en chándal lloca po les alpagates», díxe p'ascontra mí, resulta que esti paisanu que se niega a ver la exposición

entiende'l arte comu ta mandau.

Ya dentru del salón d'exposiciones, volví atopame con aquel grupu de mueres que, todes alborotaes, lleien, al altu la lleva, el pie d'un cuadro: «Mar redondu de Xixón». Esmalte oleusintéticu sobre poliestirenu expandíu. Y, entós, díxo una, a modu de comentariu sobre aquel cuadro: «Meca, pero si con esu ye con lu que forren les llavadores y los televisores».

Asina non hay manera, si la xente non se da cuenta de que l'arte ye una recuperación de la infancia y que, comu tal, una

pinza de la ropa lo mismu pue ser un coche que una bicicleta, puestu que non depende de su función real, sinón de la estructural, non facemos na.

Yo non voy xuzgar la obra del señor Méjica, ¡Dios me libre!, ¿quién soy yo pa xuzgar la obra de nadie? Yo lo que quiero deciy a esi paisanu ye que casi non merez la pena esforzase por facer una obra d'arte, porque n'arte, quien decide siempre ye la obra, ye comu los fenómenos meteorolóxicos, tienen llugar allí onde y-os da la gana y non onde'l méritu o la necesidá los reclama.

* Del folklore mejicanu.